

A la muerte le crecieron ramas verdes

Texto: Margaritaines Restrepo Santa María
Fotos: Hernando Vásquez - Hervásquez-

El mundo tuvo tiempo sulcicente. 59 horas, para grabarse la imagen de Omaira Sánchez, una niña de doce años,

preocupada porque iba a llegar tarde al colegio, atrapada entre escombros, y con agua lodo hasta los labios.
Hoy, en su lugar, hay una cruz blanca de madera, con su nombre, un estandarte con una deshilachada bandera, también blanca, un rústico altar de cemento, en un nicho de ladrillos y tablas rotas, la imagen deteriorada de una Virgen, de vestido café y manto crema, y con un niño de luncha rosada cargado, y al pie, un diminuto Niño Jesús que exhibe el letrero "yo renaré y no tiene brazos".

Sin Omaira. Sobre una tabla, clavetes rojos y blancos, y tres huesos, uno parece un femur. Carmulada en la tierra, una carterita leyda, dorada a fuerza de lodo aseoleado. Flores de boca de dragón, amarillas. Y, en agua estancada un zzzzzz.

Ya han pasado cinco años desde esa mañana en la que, el piloto Fernando Rivera, después de sobrevolar el área, comunicó a la torre de control "Dios mío, es terrible, de Armero no queda nada".

Por el cañón... Unos 450 millones de metros cúbicos de lodo y piedra... a 300 kilómetros por hora. Cinco años desde esas once y punta de la noche del miércoles 13 de noviembre, que, gracias al deshielo del Nevado del Ruiz (por la erupción del Cráter Arenas), le



Para el recuerdo, la bóveda del Banco de Colombia. Hoy la arreglan. Volverán a colocar sus puertas.



HOY... EL VIVO RECORDED DE MI TRÁGICO HECHO... UN HOGAR LLENO DE LÁGRIMAS Y FRÍO COMO EN LAS NOCHES EN EL MAR SIN FARO... ARMERO. LA CIUDAD BLANCA. 1990. CRUCES Y LUMBAS. DE MADERA, METAL, MÁRMOL, BALSOSIN, CEMENTO, GUADUA, PIEDRA. AL SOL O A LA SOMBRA. CON MOTIVOS DE PENSAMIENTOS, ENCERRADAS A MANERA DE MINICARCEL. ROTAS O RECEN PINTADAS. CON FLORES Y VELADORAS. HASTA CATORCE DE UNA MISMA FAMILIA. HASTA 33 NOMBRES EN UNA LAPIDA. MAESTROS, POLICIA, JUEZ, BANQUERO, ENFERMERA.

costaron más de 22 mil muertos, cerca de 230 mil damnificados, más de cinco mil viviendas y de 11 mil hectáreas afectadas a los colombianos. Sin contar las lagrimas

CHUCU, CHUCU, CHU...
Armero vive, es el nombre de un restaurante que funciona a las

de Guayabal. Rumbo Carrera 18, vía central de Armero.

Cinco años después.
El vuelo de los helicópteros de rescate hoy lo cumplen, con menos ruido y alanes, pequeñas garzas esculturales humanas de lodo vivas y muertas; sacristías con cánticos, armentas deambulando en busca de parientes, periodistas con cámaras, muñecas, perros y pelotas sin amo, le cedan el espacio a trabajadores de los sembrados de sergo y mani, que se desplazan en bicicleta, camiones cargados con productos agrícolas, algunas viejas que se mueven a la vera del camino, con atados de leña a sus espaldas.

Rugian las montañas y el Río Lagunilla y Sequa Grande. Hoy, ellas ni se sienten. Ellos, permanecen en su cauce.

A la lluvia gris y a las piedrecitas menuditas de una noche, hoy la reemplaza un sol que "encandela".

A las ramas canchicadas de entonces, le han crecido ramas frescas en el vecindario.
Al ruido de olla a presión y a los "socorro, ayúdeme", hoy los suplantó el chucu, chucu, chucu, un maguero del tren, en una carterita a la que solo le falta la apalco de una diligencia con sus caballo alebrestados.

El olor a azútre, que se confundía con el olor a muerte, y se cubría con mascarillas, hoy le da sitio a gallinazos ocosos sobre estacas de alambros.

Han pasado cinco años.

EL SONIDO DEL SILENCIO

Armero 1985. "Silencio"
"Jairo, Diana, Fabian, Ivan, Maria Zolia, Juan B. Geremias, Mana Dina, Carlos, Aparicio... En paz descansen".

"Silencio"
Y el silencio es roto por el llanto que oculia cada cruz, cada tumba, cada homenaje a un muerto regado en cada rincón del llano.

Empezando por ese "Dios mío, ayúdame" escrito sobre la inmensa cruz de cemento donde un día oro el Papa.

"Mijo, su presencia era la esperanza del hogar. Su desaparición puso en nuestro

corazón una nota sombría que nadie en el mundo lograría borrar."

Un hogar lleno de lágrimas y frío como en las noches en el mar sin faro.

Armero. La Ciudad Blanca. 1990. Cruces y lumbas. De madera, metal, mármol, balsosin, cemento, guadua, piedra. Al sol o a la sombra. Con motivos de pensamientos, encerradas a manera de minicarcel. Rotas o recién pintadas. Con flores y veladoras. Hasta catorce de una misma familia. Hasta 33 nombres en una lápida. Maestros, policía, juez, banquero, enfermera.

¡HOLA, SOLEDAD!

Armero 1990. "Hola, soledad!"

Casajo gris, menudillo. Uno que otro trónico deshecho. Un pedazo de muro. Una vanilla. Soledad.

En cinco años, a la muerte le han crecido ramas y hojas verdes. De pronto una flor lucía. Agua y alia, espigas rosa viejo. Y a la muerte le sobrevuela una mariposa amarilla. Y la acompaña la dormidera al lado de la carriera.

Armero. Cinco años después.

La presencia esquiva de la vida hecha paño de cama, zapato negro puntado, saco o mantele empolvado. Vida hecha muros inconclusos, descascarados. Sin puertas con cajas oxidadas. Llenos de maldad. Azul rosado, blanco.

Cinco años después. En la vieja Carrera 18.

El último piso de Hospital de San Lorenzo, y la terraza que guarda, para el mundo de los vivos, a unos 500 personas. Hoy con abejas alcanzadas.

El local, cercano de venta de jugos, avena, ensaladas. Aun con los letreros y dibujos: el Pato Donald, una niña, uvas, una manzana.

Y al frente y alia... Ferreteria Gilar. Laboratorios Diesel. Una iglesia con huecos y sin virales.

¡ARMERO VIVE!

Cinco años después.

Allí están, sudorosos, Jairo y Gonzalo Rodríguez, chatarreros. De 7 u 8 de la mañana a 5 de la tarde, desenterran varillas de hierro, con pico y pala, y las venden kilitadas - \$90 el kilo.

Allí está Gonzalo Londoño, paletero, con lermo de icopor, al hombro: un muchacho que cambió la Sierra Nevada por Armero después de la tragedia. "Aquí vendía hasta cien paletas diarias". El negocio se ha ido al suelo.

Y están José Elber y Gustavo Santamaría y Arnobis Barragan, arreglando, enchapando la antigua bóveda del Banco de Colombia, que debe estar lista para dejarle, a raíz del quinto aniversario, al recuerdo.

Armero. Han pasado cinco años... Pasa una mula cargada con cajas de madera; dos niños la siguen de cerca. Unos se quejan de inseguridad en el área, para el visitante.

Franklin Herrera, que aún no entiende cómo fue que desapareció la Ciudad Blanca, reza un Padrenuestro por lo que no le pasó a sus parientes y por los que sí sufrieron pérdidas.

Ciriaco Zona Frasser, director de droguería, pinta las cruces de sus padres y dos hermanos y levanta otra en homenaje a Tintín, personaje típico de su barrio que vivió a muchos, incluyendo a su hija Paola Andrea, pero quedó



Una lágrima de cinco años (1)

Así escribo Luz García, en letra negra -con fondo blanco- sobre una roca que ayudó a resparar, hace cinco años, el no Lagunilla.



Preocupada porque iba a llegar tarde al colegio, y con agua lodo hasta los labios, allí estaba atrapada Omaira Sánchez.

atrapado entre las graderías del Estadio. Y nadie escucho su queja.

Algun sembró un árbol. Otro limpia una tumba. Mas allá, humedecen la tierra. Y siguen gritando las paredes.

"Por el derecho a la vida, huelga general. Galán vive. Gaviria Presidente... Jaramillo es el futuro. El Madrileño de América... Alcí Acosta. Armero, nuestra venganza será la victoria. Partido Comunista. Propiedad de Alberto... Wellcome a Armero, bienvenidos ricos y pobres a la mierda..."

"¡Silencio! ¡Soledad! Un atardecer rosa y naranja. Los movimientos rápidos de lagarajas de rayas. Hasta las siempre vivas mueren. Y con Joan Manuel Serrat, escuchamos fantasmas antonando."

"Si yo pudiera unirme a un vuelo de palomas, y atravesando lomas, dejar mi pueblo atrás, juro por lo que tu que me nra de aquí. Pero los muertos están en cautiverio, y no nos dejan salir del cementerio."

Maniana: los abuelitos de Armero



A Tintín le deben varios armeritas la vida. El murió entre las graderías del estadio. Salvó a Paola Andrea, hija de Orlando, quien le levanta una cruz en homenaje, cinco años más tarde.